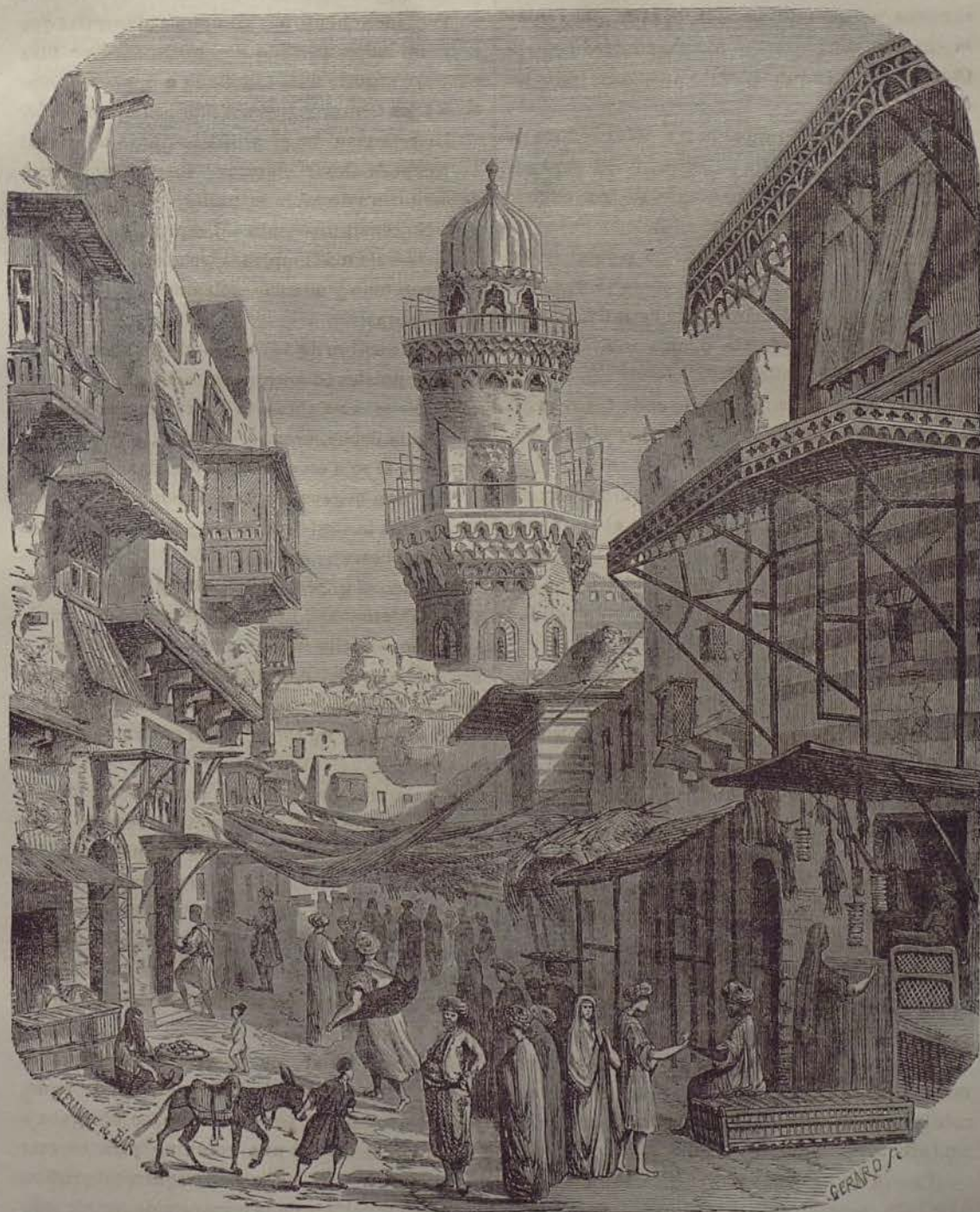


SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: Borgoñon en Egipto, por *A. Mery*.—Yucatan. Caza y pesca, por *B. E. Revoil*. (Conclusion).—Expedición al centro de la Florida. El Okichobi, por *H. de la Blanchère*.—**SECRETOS DE TOCADOR:** Recetas para poner la piel blanca y aterciopelada.—Edgar Poe y sus obras, por *J. Verne*.—GALE-

RIA DE CELEBRIDADES: Carlos Gounod, por *F. Nacento*.—Ana Severin, por *M. Craven*.—Jardinera de salón. Calefacción.—**CIENCIA FAMILIAR:** Lluvia y buen tiempo, por *A. Mangin*.

GRABADOS: Calle mayor del Cairo.—Aldea en el camino del Cairo.—Viaje por el Kissimi.—Experimento de Franklin.



CALLE MAYOR DEL CAIRO.

BORGÑOÑON EN EGIPTO.

POR

A. MERY.

CAPÍTULO PRIMERO.

UNA COMIDA EN BOULAK.

Una semana despues de la batalla de las Pirámides, el general Bonaparte salia de visitar la célebre mezquita de Amrú, edificada en el Cairo por el conquistador de Egipto, el lugarteniente de Omar.

Esta mezquita es una de las mas curiosas de la ciudad, y se la visita principalmente para admirar la columna de Omar, que es, por decirlo así, la clave de la bóveda del edificio.

Hay una leyenda relativa á la columna; los musulmanes miran con gran respeto la línea negruzca que surca el mármol de la misma como una cicatriz, y una fuerte depresion á la altura del hombro.

Para los no creyentes, la leyenda turca es divertida como un cuento de las *Mil y una Noches*. Júzguese si no.

Deseoso Amrú de tener una columna muy sólida como la que sostenia por sí sola el templo de Dagon, envió embajadores á Omar con la mision de suplicar al santo califa que expidiera una columna de la Meca, escogida por él, y de calidad superior.

Precisamente á la sazón tenia Omar una columna de durísimo granito, y deseando tener contento á su lugarteniente Amrú, empleó su poder discrecional, y con voz firme mandó á la columna que por sí sola se trasladase al Cairo.

Pero ¡cosa maravillosa! la columna no se movió, haciendo oídos de mercader, como el ídolo de Egipto de que nos habla el salmo *In exitu*.

Irritado justamente Omar de tan notoria desobediencia, se dignó repetir el mandato, pero la obstinada columna no hizo el menor movimiento y se estuvo quieta como la primera vez.

Este crimen de reincidencia llevó al colmo la exasperacion de Omar, que cogió un *curbach*, larga correa de cuero, y descargó un latigazo á la columna rebelde con toda la fuerza y empuje de un turco.

¿Creerá álguien que ese castigo tan merecido operó algun cambio en el ánimo porfiado de la columna? Pues, no señor: guardó la misma inso-

lente inmovilidad, como si el soplo del zéfiro hubiese pasado por su granito.

Omar se dignó descender entonces á los estrechos de una lucha personal, y asestó á la culpable un tremendo puñetazo capaz de derribar un toro; pero se hirió gravemente la mano, y la columna sin conmoverse por su atentado, ni siquiera pensó en tomar la fuga, sino que al parecer tomó la actitud de aguardar otro puñetazo con la mayor sangre fria del mundo.

Verdaderamente hay columnas insensatas que parecen haber perdido el chirúmen. Por otra parte, el orgullo hace tambien perder la tramontana á los hombres: seamos mas indulgentes.

La reflexion inspiraría con mas acierto al docto califa Omar en el instante en que iba á descargar un desaforado puntapié á la columna.

—No conseguiré nada así,—pensó para su albornoz—vale mas emplear otro medio.

Y con tono y ademán solemnes pronunció estas palabras:

—En nombre de Alá te mando que marches al Cairo y prestes tu apoyo á la mezquita de Amrú.

Al oír esas palabras la columna, partió como disparada flecha, cruzó el desierto, y fué á plantarse por sí sola en el terreno designado.

La vena negruzca y la depresion del mármol atestiguan la verdad de esta leyenda á los devotos musulmanes.

Cuando el general Bonaparte y su estado mayor hubieron salido de la mezquita de Amrú, entraron en ella varios grupos de soldados y sub-oficiales del ejército francés á admirar el bosque de columnas sembradas con prodigalidad oriental, en torno de la columna esclava de Omar.

Una severa orden del día encargaba á los republicanos de Arcola y Lodi el respeto á las mezquitas, las leyendas y los imanes; pero los indisciplinados bromistas se arriesgaban con frecuencia á proferir alguna palabra buena ó mala contra la religion de Mahoma, y los oyentes sofocaban á la sordina las carcajadas burlescas y sacrílegas, bajo las venerables bóvedas de la mezquita de Amrú.

Un jóven húsar, de nombre ó sobrenombre Borgoñon, un discípulo de Berchigny, de aquel regimiento burlesco por excelencia, se abrigaba á cada paso detrás de una columna para espetar una chanza, una pulla ó un equívoco profano contra el mueblaje de la mezquita de Amrú; pero las burlas del jóven húsar incrédulo aumentaron

mas y mas al oír contar la leyenda de la columna por un árabe de edad madura, que parecía ser el esclavo de un grave musulmán, de mirada viva y barba gris, que se paseaba por allí cerca sin decir una palabra.

El cicerone oficioso se expresaba bastante bien en francés, y respondía con serena dignidad á las preguntas, á menudo impertinentes, dirigidas por los soldados, á despecho de la órden del día.

A cada chuscada de Borgoñon, el turco, único oyente indígena, se acariciaba la barba y lanzaba al aire miradas extrañas, que el húsar cogía al vuelo, pero sin poder adivinar su misteriosa espresion, lo cual despertaba mas á cada paso su curiosidad.

—¿Ese buen turco es tu amo?—preguntó Borgoñon al cicerone.

—Sí, señor,—respondió el árabe.

—¿Comprende el francés?

—No, señor; pero habla bastante bien la lengua franca.

La lengua franca se ha formado por sí sola con palabras y desinencias de los idiomas mas generales del Mediterráneo, y se habla y comprende en todos los puertos del mundo.

Por lo tanto, en Marsella, Barcelona, Nápoles, Palermo, Pondicheri, Vanícolo, etc., el extranjero tiene grandes probabilidades de ser comprendido, cuando en el puerto, pregunta, en lengua franca, al primero que encuentre.

El turco había oído el corto diálogo de Borgoñon y su esclavo, y dirigió una graciosa sonrisa al joven húsar, diciéndole:

—*Bono francos tu stranier, bono; tu jablar mameluğu; tu soldardi Bonaberdí Bono.*

—¡Malos demonios!... —esclamó Borgoñon;—me parece que comprendo el turco... y no lo he estudiado en mi vida.

—Mi amo Fazz-Edin habla la lengua franca,—dijo el esclavo.

—¡Ah! ¡es la lengua franca! ¡Mil gibas de dromedario! Pues bien, tampoco la he estudiado. Mahoma ha querido ser mi maestro de escuela, y me ha enseñado una lengua antes de la primera lección, antes del alfabeto. Este sí que es un milágro mas grande que el de la columna de Amrú.

—*Tu sabir bono;*—dijo el turco;—*tu prenir café, tu fumar chibuca; a casa seguir. Bono.*

—*Bono, bono; prenir café, fumar chibuca,*—respondió Borgoñon.—Pues no es nada el comprender el turco... si lo hablo! Y pensar que en los bagajes llevamos cuatro doctores borricos,

que estudian el turco desde que salimos de Tolon, y por el camino se han olvidado del francés sin aprender el turco!

El turco tomó la delantera y repitió la invitación *A casa seguir*, con torpe ademan, pero con la intencion mas cortés.

Borgoñon siguió á sus dos guías y entró con ellos en el Kan-kalil, el vasto bazar del Cairo, donde el comprador encuentra satisfechos todos los caprichos, si tiene dinero.

Al pasar por la principal puerta ojiva, un vendedor ambulante ofreció al joven húsar soberbias pipas oruadas de ámbar amarillo, pero el húsar se encogió de hombros y dijo:

—No tengo mas que una moneda de diez cuartos, y no quiero cambiar.

Esa broma del soldado arruinado hizo sonreír al turco, como si lo hubiese comprendido. El buen hombre se detuvo, preguntó el precio de la pipa, la compró sin regatear y la regaló generosamente al húsar.

Borgoñon se llevó la mano al corazón, pantomima de todos los países, y dijo en lengua franca:

—*Bono, turco, bono.*

(Se continuará.)

YUCATAN.

CAZA Y PESCA.

POR

B. F. REVOIL.

(Conclusion.)

—Hallándome el año siguiente en Baliza, cerca del golfo de Honduras, en compañía de un antiguo amigo de Nueva-York, que había ido á establecerse en las riberas del río San Felipe de Bacalar, para comprar arroz y palo campeche, Davison (tal era el nombre del yankee) me propuso cierto día ir á la caza de jabalíes en una sábana pantanosa en que estos animales habían instalado su cubil y bañadero.

Dióme una carabina rayada de dos cañones, y nos fuimos como á una milla y media próximamente de la habitación que ocupaba, bajo la sombra de un inmenso algarrobo. A lo largo de la sábana se extendía un barranco hondo bordado á su extremo por una elevada montaña. Davison me apostó á la entrada del cañon y se fué á

tomar posición en medio del barranco. Luego, á una señal dada á una veintena de indios que tenia asalariados, comenzó la batida.

Veinte minutos después oí cierto ruido entre los matorrales.

Cree de pronto que iba á habérmelas con un jabalí, y preparé la carabina para estar dispuesto, pero con gran sorpresa mía, ví aparecer un admirable puma.

Sin pensar en la escasez de medios de defensa y ataque, disparé el rifle sobre el enorme animal, al cual rompí las dos manos. En cualquiera otra parte que la hubiese herido se habría lanzado sobre mí, y nada hubiera podido librarme de una muerte cierta. Herido como estaba, el puma no pensó más que en huir, metiéndose en medio del matorral.

En tanto que yo volvía á cargar el fusil, los indios descargaban desde lo alto de una peña, á que se habían encaramado para ver mejor el puma, una lluvia de piedras que aplastaban la maleza, pero de la cual no salía nada.

Al tener dispuesto mi rifle, me puse en busca del carnívoro, y al verlo le planté una bala en medio del pecho. Lanzó un rugido la fiera, luego saltó para huir por el espacio descubierta entre el matorral y la sábana; pero la táctica era mala, pues recibió dos ó tres tiros en el acto. Parece que no tenía ganas de morir en aquel sitio, puesto que procuró volver, retrocediendo, á la guarida de donde había salido.

Mi compañero y yo habíamos agotado las municiones, y pedimos cartuchos á los ojeadores; pero los bribones los habían gastado todos, y nos encontramos Davison y yo en la dura necesidad de volver á la tienda de campaña para renovar las municiones. Verdad es que una hora después estábamos de regreso, armado cada uno con dos rifles y un cuchillo de monte.

Penetramos en la sábana, á pié, siguiendo las huellas del puma por la sangre que dejara á su paso.

Davison fué el primero en verlo, y le envió una bala. El animal lanzó un horrible rugido y se lanzó hacia nosotros. Allí moríamos si no tomamos el partido de encaramarnos á un árbol.

Tres veces repetimos esta maniobra, hasta que por fin, viendo al puma tendido de costado, creímos que estaba muerto.

Nos acercamos entonces: Davison á quince metros de distancia disparó los dos cañones sobre la fiera, que no se movió.

Mientras tanto yo seguía adelante, y al hallarme á cinco metros solamente, me propuse clavar otra bala á nuestro temible enemigo para estar mas seguros de su sueño; pero Davison se opuso diciendo que era inútil echar á perder mas la hermosa piel de «su víctima.»

Continuamos, pues, acercándonos, cuando de repente, saliendo la fiera de su letargo, admirablemente fingido, saltó hacia mí, rugiendo y con el pelo erizado.

Davison alcanzó valerosamente la peña mas cercana, y otro tanto hice yo, seguido por el puma, mientras que los indios, que vieron ese inesperado accidente, dijeron: Piés ¿para que os quiero?

Oía yo los saltos del puma en pos de mí, y confieso que no las tenía todas conmigo. La sola esperanza que me quedaba era dar media vuelta y descargar á mi enemigo en el pecho una vigorosa cuchillada.

En el momento en que muy á la fuerza me decidía á tentar ese medio heroico, el puma considerando mas cómodo vengarse en uno de los indios, que teniendo mal en una pierna, no había podido correr tanto como los otros, me dejó para acometer á este desdichado. Alcanzóle en efecto, y el choque entre la fiera y el pobre peon hubiera bastado para matar á cualquier otro que no fuese un indio; pero este resistió. Con todo, era aquel el postrer esfuerzo del puma que cayó para no volver á levantarse.

El animal media dos metros y veinte y cinco centímetros, y tenía una piel admirable, que aun ahora, quiero creerlo, forma la alfombra que tiene al pié de la cama una hermosa criolla de la Luisiana, á quien tuve el placer de ofrecerla á mi regreso del Yucatan.

Durante este viaje con Davison, tuve el gusto de probar por primera vez la carne de caiman.

Viajábamos á través de bosques para volver á la costa, y hacia tres días que carecíamos de víveres frescos. Por la noche, al llegar á una aldea indiana, nos ofrecieron en la choza donde habíamos encontrado la hospitalidad, un plato que, á decir verdad, no me gustaba mucho.

Pregunté lo que era, y me respondieron que caiman. A pique estuve de proceder á la romana. Sin embargo vencí la repugnancia, y quise saber por qué razón mis huéspedes se alimentaban con tal carne teniendo tan á mano la caza de pelo y pluma.

Respondiéronme que la pesca de caimanes era

mas fácil que la caza á los animales y aves.

Enseñáronnos en el *jacal* de la casa dos caimanes vivos con las patas atadas, la cola cortada, y el vientre arriba: esta precaucion de cortar la cola á los saurianos del Yucatan, se explica por la fuerza sorprendente de esa arma que podría muy bien romper una pierna al imprudente que se le acercase. Uno de aquellos monstruos media con la cola unos diez y siete metros: el otro era jovenito. Los dos rechinaban los dientes y agitaban las mandíbulas, demostracion que habrian podido escusarse. El olor que esparcian era intolerable y se parecía mucho al de almizcle.

Nuestro huésped nos informó que se cogia á los caimanes de dos maneras: con un fuerte garfio provisto de cebo, y... con las dos manos.

Al ver que yo sonreia incredulamente oyendo esta última explicacion, el indio me preguntó si dudaba de su palabra.

—Si vueseforías,—añadió,—quieren ver esta pesca, pueden verla.

—Sí, por cierto—respondí,—y aquí van dos duros para el que nos proporcione semejante espectáculo.

El indio fué en seguida á buscar á un negro, cortado á la talla de los Hércules, pero muy flaco.

—Aquí están estos dos caballeros,—le dijo,—que desean verte coger un *lagarto* con la mano.

—Nada mas fácil.

—Aquí tienes un duro para tí.

—Entonces denlo ustedes por cogido.

Cinco minutos despues nos encaminábamos á una pequeña laguna que atravesamos en una piragua gobernada y dirigida por el negro. Apenas desembarcó en la otra orilla, Pedro sacó de la vaina un fuerte puñal, cuya hoja, de ocho pulgadas de largo, parecia un enorme clavo cuadrado en su base. Nosotros seguimos tras él con precaucion, para no espantar la «caza».

De pronto nos indicó Pedro un punto de la ribera cubierto de altas yerbas y juncos á diez pasos delante de nosotros. En el momento dos saurianos de corta cola se chapuzaron en el agua como dos culebras.

Pedro se arrojó en seguida al agua con el puñal entre dientes; dió un chapuz y no volvió á parecer. El espectáculo era en verdad terrible. En vano buscaban mis ojos por dentro del agua: solamente el remolino nos indicaba el punto por donde Pedro habia desaparecido.

Así trascurrieron algunos segundos, largos como un siglo; luego el agua se agitó; la cola del

monstruo azotó la superficie con fuerza imponderable, y vimos su cuerpo agitarse en rápida evolucion. Pedro cubierto de fango y algas, estaba asido al vientre del caiman.

El hombre y el sauriano volvieron á sumergirse tñiendo de sangre el agua. Yo no respiraba; sentíame helado de terror.

De repente el agua volvió á removerse, y vi salir á Pedro solo, medio sofocado.

—Este maldito me cortó el dedo, pero está muerto!—esclamó nadando hácia nosotros.

Con efecto, Pedro nos enseñó la mano derecha ensangrentada, á la cual faltaba el dedo índice; y mientras se limpiaba del lodo que le cubria, nos señaló una masa rojiza que flotaba sobre el agua, al otro lado de la laguna.

Verdaderamente era el caiman, que estaba boca arriba y con el pecho abierto por cuatro puñaladas. Media catorce piés. Ofreci á Pedro otro duro, y le compré su cuchillo, que todavia conservo en mi panoplia.

Los indios del Yucatan son los únicos que ejecutan ese rasgo de fuerza y destreza incomprendibles, y lo mas extraordinario es que el caiman parece huir de los indios, mientras que en los Estados-Unidos y en Tejas, se echa sobre ellos para devorarlos.

Propusiéronnos en la aldea en cuestion una cacería de pumas; pero era menester aguardar ocho dias para reunir todos los cazadores, y nos era imposible esperar tanto tiempo. Me negué lo mismo que Davison.

Sin embargo, no pude resistir al atractivo de una pesca de tortugas con ayuda de un hierro enastado de un palo. En el Yucatan se llama *clavar la tortuga*.

Al dia siguiente por la mañana antes de amanecer, acompañé á mi huésped en su canoa que guiaba un jóven de quince á diez y seis años. Los dos sondeábamos el rio que desemboca en la laguna. Para lograr buen resultado es preciso tener adquirida la costumbre; ya habia clavado mi huésped dos tortugas sin que yo hubiese conseguido otra cosa que rascar el caparazon de una sola. Con todo, acabé por enfilar una que apenas tenia seis pulgadas de diámetro, y de la cual se hubiera burlado el cocinero. Mi huésped habia ensartado cinco de doce á catorce pulgadas, cuya carne es succulenta condimentada á la indiana; es decir, con muchas especias y zumo de limon.

Los mejicanos tienen á veces el placer de ver luchas de animales. Cierta dia de mi permanencia

en Méjico, la plaza en que suelen efectuarse las corridas de toros, fué testigo de un combate de dos pumas con dos búfalos. No era un espectáculo nuevo para los ciudadanos de la ciudad real; pero para los norte-americanos y europeos residentes en Méjico era una funcion sumamente extraordinaria.

Dejó á un lado la descripción de la plaza de toros que es una de las más pintorescas de la república mejicana. La muchedumbre había llenado las gradas y palcos; al sonar la hora señalada, se abrió una puerta colocada en la boca de un subterráneo, y vimos salir primero un puma macho, luego otro hembra, pareciéndose ambos á dos leonas, toda vez que el puma macho no tiene melenas.

Los dos carnívoros estaban contenidos en una especie de jaula cerrada con barrotes de madera y un enrejado de hierro, la cual avanzaba hasta mediados del circo, de manera que pudieran verse desde todo el ámbito de la plaza las evoluciones de las fieras, hasta el momento en que se les pondría frente á frente de los búfalos.

Por último, los clamoreos de la muchedumbre fueron creciendo de tal suerte, que los empresarios del espectáculo comprendieron que había llegado el momento de empezar la lucha.

Dióse entonces suelta á dos magníficos búfalos, llenos de ardor y pujanza, que caracolearon en rededor de la plaza, yendo de aquí para allá, y acabaron por apostarse con aire de desafío delante de la jaula en que rugían los pumas.

En el momento que menos se esperaba, se abrió una trampa por medio de una cuerda, y de repente salieron los dos felinos arrastrándose, dispuestos á lanzarse sobre los bisontes. Estos aguardaban á la defensiva, y cuando los pumas tomaron su arranque, saltaron adelante evitando las zarpas del enemigo. La segunda vez, empero, comprendiendo que la misma táctica no podría ya servir, los bisontes se colocaron uno junto á otro, y agacharon la cabeza en actitud de rechazar á cornadas un ataque inevitable.

Los pumas se arrastraron de pronto, y luego de improviso se lanzaron asiéndose lo mejor que pudieron á la jiba bellosa de los dos toros, con las manos aferradas en el testuz de cada animal, para poderle rasgar los ojos con los dientes, y cegarlos.

Pero los bisontes sintiendo el peligro, se concertaron tácitamente, y pronto se vió los dos pumas amartillados uno con otro en la frente de los toros, que avanzaban y retrocedían, de manera

que su cabeza les servía como un yunque en el que iban á aplastar los dos pumas.

A la segunda sacudida, uno de los bisontes aplastó á su enemigo, que cayó estremeciéndose, jadeante, en la arena del anfiteatro.

Conociendo el otro puma que la partida era desigual, se inclinó rápido á un lado, y en vez de encaramarse sobre el bisonte, se lanzó sobre él sin agarrarse, procurando romperle los ojos con las zarpas. Consiguiólo en parte en uno de sus enemigos; pero el otro, acudiendo al socorro del que acababa de ser víctima de tan desigual atentado, llegó con la celeridad del rayo, y acometiendo por detrás al puma, le descargó un tremendo golpe lanzándolo por el aire con las costillas rotas.

La fiera cayó pesadamente sobre la arena, y sin darle los dos bisontes tiempo de levantarse, se precipitaron sobre ella, y á coces y cornadas lo ramataron en un abrir y cerrar de ojos.

(Traducción de F. Nacente.)

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA. EL OKICHOBÍ.

POR

H. DE LA BLANCHERE.

(Continuacion.)

Recuerdos del pasado, ¿no sois acaso la mitad de la vida...?

Naturalmente, despues de aquellos recuerdos, la empresa tan peligrosa que Julian debía acometer fué haciéndose el principal tema de las conversaciones afectuosas de la jóven.

El bravo Segrís defendía á su amigo con todas sus fuerzas, cuando ella acusaba á Julian, no sin convenir, empero, que á obrar de otro modo, su dignidad habría sufrido un menoscabo que ella y las personas que le apreciaban no le habrían perdonado jamas...

Mas ¡oh dolor! esa empresa se convertia poco á poco en causa de zozobras y temores, hasta entonces no concebidos ni sospechados... Empeñábase entre los dos primos una tierna y dulce intimidad, que pronto dió á comprender á Julian que su linda prima no podía serle ya indiferente.

Y eso despertó á la vez un acerbo dolor en el gallardomancebo, y un tierno afán en su corazón; pero era hombre enérgico, y con entereza rechazó todo pensamiento de felicidad que se le presentase.

Elevando en cierta ocasion los ojos al cielo, ocupada su mente por tales ideas, dejó escapar entre suspiros estas palabras que describian perfectamente el estado de su alma:

—¡No! los sentenciados á muerte no pueden pedir amor... Y yo... ¿qué soy yo... sino un infeliz condenado á morir...? ¡No, no! es preciso marchar...

Luego, pasando al aposento de su amigo de infancia, le dijo con decision:

—Ségris amigo, es preciso partir... No es demasiado pronto... me comprendes.

—¡Pobre Julian!

—Es preciso... tengo miedo de que Fernand'na me ame... yo... en cuanto á mí, conozco que la amaré siempre... No quiero despedirme... La despedida sería dolorosa, terrible... ¡Marchemos, huyamos!

—Pues qué, ¿de veras quieres salir de esta casa?

—¡Huyamos, te digo! Si mi prima siente por mí alguna inclinacion, nunca me reprochará el cumplimiento de mi deber. Si me olvida... ¡oh, entonces!... ¡mejor, cien veces mejor!...

—Está bien, amigo querido; se hará lo que dices. Quizás tienes razon.

Al anoecer del dia siguiente ambos amigos se retiraron á sus aposentos como de costumbre, tranquilos, serenos, dando las buenas noches á los dueños de la hacienda, como si al despertar hubiesen debido continuar la afectuosa conversacion interrumpida.

Sin embargo, quizás Julian dejó vagar sus miradas un poco mas que de ordinario por el hechicero rostro de Fernandina; quizás su apretón de manos de cada noche á don Cristóbal fué algo más fuerte y prolongado que los otros dias... mas á esto se redujo todo. El jóven tenia dominio sobre sí mismo.

Y al levantarse el sol, despertaron á Fernandina las exclamaciones de su negra favorita... ¡La goleta habia desaparecido!

Un criado enviado al aposento de don Julian trajo el siguiente billete al pobre don Cristóbal, todavía conmovido y aturrullado:

«Queridísimo Primo: Le doy á usted las mas cordiales y expresivas gracias por su hidalga hospitalidad. Usted lo sabe todo; debo marchar; no me pertenezco; pertenezco á mi adversario. Debo terminar la mision en que me empené: déjeme usted, pues, vencer ó morir...

»Permita mi prima decirle que nunca la olvidaré; y recuerde que en los momentos de dura prueba, será ella el rayo radiante de sol que ilumine mi vida.

»Adios á todos.

»Rueguen ustedes alguna vez por su afectísimo y muy atento primo y S. S. Q. B. S. M.

»JULIAN.»

CAPÍTULO VII.

EL RIO SAN JUAN.

¡Ah! cuando los queridos moradores de Buena Vista, macidos en su sueño por el canto de mil canoras avecillas, abrieron los ojos á la luz del sol, la goleta se hallaba ya muy lejos.

Aquella misma noche Segris habia puesto la hélice en movimiento, y la orilla se alejaba á los claros fulgores de la pálida luna, como una decoracion fantástica que se retira en torno del espectador.

Por otra parte, á partir de Pitalea, el rio parecia pasar por un brazo del lago Nons: tan ancho se presentaba allí, y de tal manera la poco antes rápida corriente se ostentaba mansa en medio de aquella inmensidad de agua muerta.

Desgraciadamente el lecho del rio se hacia cada vez mas difícil de cruzar en medio de las vegetaciones flotantes que obstruían toda la superficie del lago. Forzoso era retener la pujanza de la máquina de la hélice para no romperla entre aquellos obstáculos.

El dia encontró, pues, la *Confianza* en tal situacion, y fué menester que el capitan Segris tomase muchas precauciones para cruzar aquellos enredijos de plantas filamentosas y de árboles arrancados que se entrecruzaban contribuyendo á cerrar espacios vastísimos.

Todo el dia se tuvo que trabajar con esfuerzo y tino; y así pudo por fin la goleta salir de aquel lago, y el cauce del rio se estrechó mas de lo que hasta entonces se habia visto por los tripulantes de la *Confianza*.

La selva virgen de ambas riberas parecia inclinarse por una y otra parte sobre las aguas, como para taparlas y cerrar el paso á la ligera nave...

Al amanecer el tercero dia, cuando Julian despertaba, creyó oír una voz dulce de mujer que murmuraba oraciones ó actos de gracias á su oído. Al propio instante sintió apoyar unos la-

bios en su mano que colgaba fuera de su angosta cama de marino...

¿Era aquello un sueño? ¿una ilusión de los sentidos?...

Don Julian se incorporó.

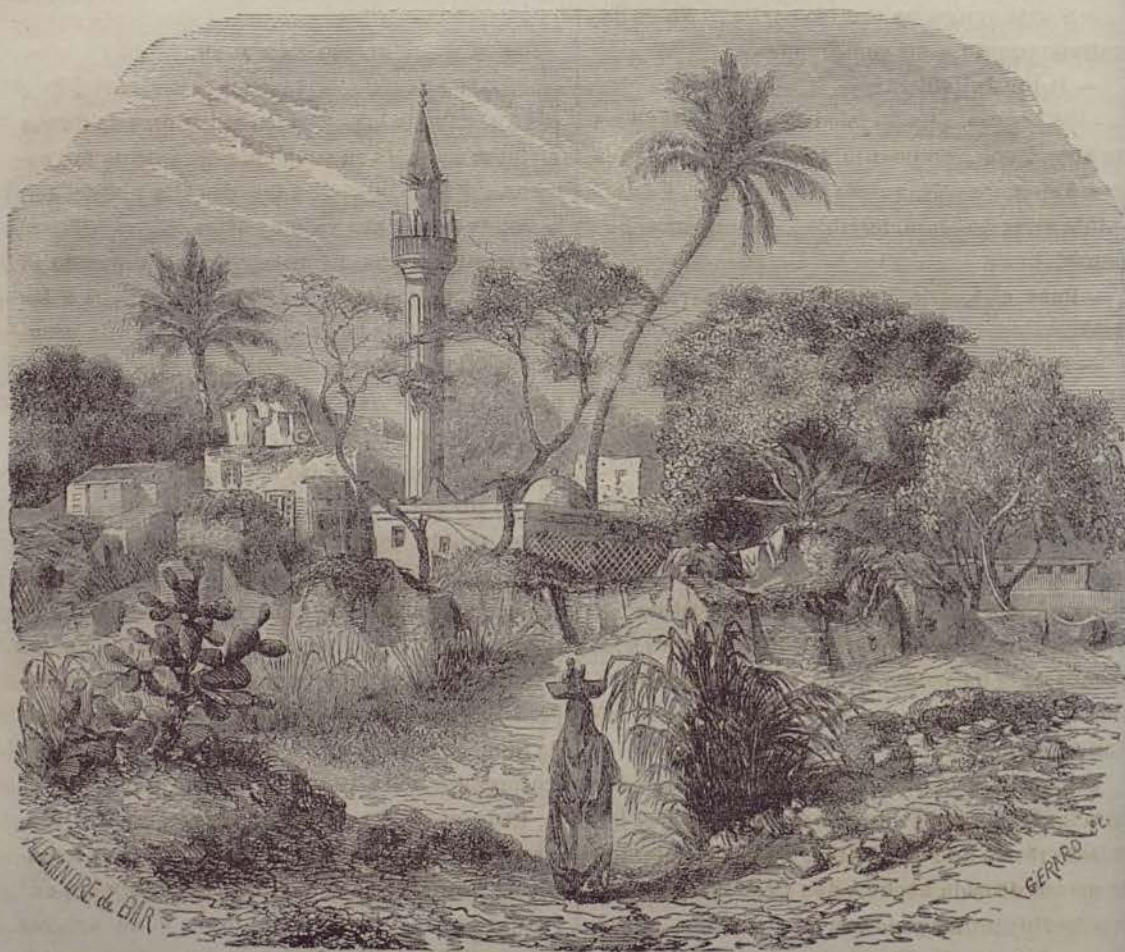
Una jóven india se hallaba postrada de hinojos ante su camarote.

Su nariz recta, de tipo griego; sus labios delgados, sus facciones regulares, sus rasgados ojos negros como la zarzamora, su tez cobreña clara, denotaban uno de los hermosos modelos de su raza.

—¿Quién eres?—preguntó D. Julian del Meril.

—¡Piedad, señor! no me entregue usted.

BORGÑOÑON EN EGIPTO.



Aldea en el camino del Cairo.

—Pero dí: ¿quién eres?

—Piedad, señor, en nombre de su madre de usted, en nombre...

En aquel momento se adelantó una persona, oculta á Julian por el tabique en que estaba embutida la cama. El criollo español le dirigió una mirada interrogadora.

Era Tobias.

—¿Qué mujer es esta, Tobias?—preguntó aquel.

—Mi hermana Sara, señor.

—¿Y que quiere?

—Implora, como yo, señor, que no la entreguéis á su amo Mayer...

—Pero si yo no conozco á ese Mayer...

—Sin duda; no le conoce usted, señor... Sara ha querido librarse de los deseos de ese Mayer; ha huido; pero la perseguirá... ¡Procurará cogerla otra vez por todos los medios posibles! aunque haya de darle caza con sus perros, que la

desgarrarán si cae bajo sus caninos... Está perdida, señor, si vuelve al bosque.

—Bien, Tobias, yo quisiera...

Y fijando los ojos en la pobre esclava que seguía arrodillada, la vió Julian, envuelta en pobres andrajos desgarrados, á través de los cuales se veían sus miembros heridos, llenos de sangre y cardenales á causa de los rudos golpes que recibiera con las espinas de la selva... Sus piés hinchados por el cansancio, apenas estaban cu-

biertos por malos pedazos de calzado llenos de barro...

—¡Pobre mujer!—repuso el señor del Meril:—¿desde cuando andas fugitiva?

—Desde doce días, señor. Estaba en casa de Mayer, cerca de Jacksonville...

—¿Y viene de tan lejos?...

—Sí, señor. Esta mañana apenas tenía fuerzas para tenerse en pié, y hacernos señales desde la orilla, cuando yo la he conocido y he rogado a'



Viaje por el Kissimi.

señor Segrís que me prestase la lancha para ir á salvarla.

—¿Y que hacemos de ella ahora?

—Déjela usted ocultar por unos días en la goleta, señor: todos se lo rogamus, y así se salvará... ¿Qué arriesga usted, si se aleja de las ciudades?... Además, la pobre no le costará á usted nada... Yo prefiero pagar su manutención de mi salario si el señor me lo permite...

—Amo y señor,—interrompió la jóven esclava;—tenga usted piedad de mí... Soy muy desdichada... Sálveme usted... me esconderé en el

fondo de la nave... ¡Oh! por Dios no me entregue... ¡han soltado los perros y me hallarían!... Esto diciendo la pobre india temblaba de piés á cabeza como estremecida por escalofríos.

—Tobías, permito que Sara se quede á bordo algunos días. Que se vista de hombre, y pasará por nuestro grumete... Píde al señor Segrís lo que sea menester.

Sara todavía postrada de rodillas, besó otra vez la mano del español, y levantando la vista al cielo dijo con inefable delicia:

—¡Loado sea Dios, amo mío! él le bendecirá...

Sara no es fuerte, pero conoce la vida de los bosques... puede ser útil á usted, deje pues que le acompañe al Okichobí.

—¿Cómo sabes á donde voy?—Preguntó don Julian volviéndose vivamente.

—¡Ah, señor amo! todo el mundo lo sabe en Jacksonville y las cercanías.

Reflexionaba el jóven del Meril sobre lo que acababa de permitir, cuando entró su amigo Segrís, que en nombre de la humanidad aprobó calurosamente lo que el español había hecho.

—Pero no tenemos caballo para ella... y luego una mujer... de que puede servirnos una mujer en semejante expedición.

—Puedes mandar que monte en el caballo del equipaje. En cuanto á lo demás, una india puede ser muy útil en la selva virgen... puede prestarte mil servicios... Amigo mio, has hecho el bien al prójimo en provecho tuyo, créeme. ¡Llévatela!

—¡No hablemos mas de ello! ¡á la voluntad de Dios! Quizá me traerá buena suerte.

Ejecutóse la transformacion indicada por don Julian, y la *Confianza* prosiguió la marcha con el aumento de un grumete.

Los días siguientes recobró la pobre Sara toda la jovialidad que le era propia, pareciendo la acosada palomita que escapa de las garras del gavilán; pero su alegría era tranquila como la que es general entre la gente de su raza. Prestaba mil pequeños servicios á los tripulantes; y no cabe dudar que los vestidos de los cazadores de los bosques tienen á veces necesidad de la mano de una mujer por muy fuertes y resistentes que los supongamos.

Mientras tanto la nave seguía subiendo por el río.

Los últimos plantíos de añil, caña de azúcar, maíz y algodón habían desaparecido tiempo hacía... y la *Confianza* navegaba por entre espesuras impenetrables que se estendian en masas inmensas á derecha é izquierda.

Había cruzado dos lagos, el Tule y el Narvaka, cuando un brusco recodo del San Juan, en direccion hácia el este, llevó la nave hácia Nueva Esmirna, la última ciudad edificada en aquella costa del Atlántico.

Cuanto mas avanzaban remontando el curso del río, tanto mas se multiplicaban las lagunas, tanto mas se acercaba á estas el San Juan en medio de terrenos bajos cubiertos de cañas, chaparales y espinos.

Pronto se notó otra laguna grande llamada *Rio Hilbora*. Pero poco á poco el río que seguian nuestros amigos fué trocándose en arroyo, que era preciso sondear á cada recodo, para no encontrarse varada la embarcacion de menor calado.

De pronto se vislumbran al sud las colinas de donde nace aquella corriente, y por lo tanto es preciso abordar y seguir por tierra su camino.

Cruel fué la separacion de los dos camaradas de infancia.

La *Confianza* carecía de agua para navegar; casi estaba varada...

Aquella mañana los caballos satisfechos de sentirse en tierra firme y fuera de sus cajas, plataban sujetos del bridon por el bravo Estigia y Tobias.

Habíase instalado ya á Sara en el caballo de los equipajes.

Minecava ahorcadero en el suyo, como un paladin de la Edad media, tenia del bridon la calbaldadura de don Julian.

—Adios, Segrís,—dijo este.—Gracias, hermano, y sé feliz.

—Voy á acoderar la goleta en una ensenada, y te aguardaré...

—¿Para qué, amigo mio? es un sacrificio inútil. Vuélvete á Buena Vista... Y diles que si muero, será para ellos mi postrer pensamiento. Si vivo, si Dios me salva, ellos serán los primeros que reciban la noticia.

—¡Dios te guie, amigo querido!

Apenas á caballo, haciendo con la mano un cariñoso signo de despedida á Segrís, don Julian le señaló en seguida el cielo, y encaminándose hácia el sud, se dirigió á la region de las colinas.

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

RECETA PARA PONER LA PIEL BLANCA Y ATERCIOPELADA.

Tener la piel blanca es muy fácil, pero con la mayor parte de los cosméticos usuales compuestos de sustancias corrosivas, no solo la epidermis se echa á perder, sino que es muy facil contraer enfermedades graves.

Los polvos de arroz, que, cuando son puros, son buenos, tienen el inconveniente de desprenderse con suma facilidad.

La sustancia que vamos á indicar no ocasiona perjuicio, y llena completamente el objeto.

Deslíase una cucharada de almidon en polvo en un vaso de agua destilada, y resultará una pasta clara. En esta pasta se moja un trozo de algodón, que luego se pasa suavemente y muy igual por la piel: cuando la capa está seca se toma otro pedazo de algodón tambien seco, y se frota ligeramente para hacer desprender la parte de pasta que no está adherida á la piel. Luego con otro pedazo de algodón seco se ponen polvos de almidon, frotando ligeramente, y queda la piel con una blancura deslumbradora. Esto último es necesario, pues sabidos son los efectos del aire y del sol sobre la piel cuando esta algo húmeda.

Si además de poner blanca la piel se le quiere dar el brillo aterciopelado del raso, se usará de la siguiente *Pomada*. Fúndanse al baño-maría 100 gramos de cera virgen y otros tantos de blanco de ballena, con 200 gramos de aceite de almendras dulces. Hecha la fusion, añádanse 100 gramos de zumo de cohombro y 50 de espíritu de vino, mezclándolo todo bien con una espátula.

Para el empleo de esta composicion, basta estenderla sobre la piel con un lienzo fino, de manera que la capa sea delgada é igual, y cuando está seca, se frota con otro lienzo, fino tambien.

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

POR

JULIO VERNE.

(Continuacion.)

Llego al *Escarbojo de oro*, y aquí el héroe de Edgardo Poe va á darnos pruebas de una sagacidad poco comun.

Me veo precisado á citar un largo pasaje de esta novela; pero no os quejareis, lectores míos, y aun os prometo que lo volveréis á leer mas de una vez.

Poe habia trabado íntima amistad con un tal Guillermo Legrand, que arruinado tras una série de desgracias, salió de Nueva Orleans y fué á establecerse en la Carolina del Sud, cerca de Charleston, en la isla de Sullivan, compuesta únicamente de tres millas de arena de mar, ancha de un cuarto de milla.

Tenia Legrand un carácter misántropo, sometido á frecuentes alternativas de entusiasmo y melancolía.

Se le tenía por una cabeza algo desordenada, y sus padres le habian puesto á sus órdenes un viejo negro que respondía al nombre de Júpiter.

Como veis, ese Legrand, ese amigo de Poe, será tambien un carácter excepcional, un temperamento archinervioso, sobreescitable y sujeto á crisis intermitentes.

Fué á visitarle Poe cierto dia, y lo encontró entregado á un contento imposible de explicar.

Legrand coleccionaba conchas y ejemplares entomológicos, y habia descubierto un escarabajo de una especie *extraña*.

Ah! esperabais esta palabra, ¿no es verdad?

Legrand no tenía á la sazón el animal en su poder; lo habia prestado á un amigo suyo, el teniente G*** que residía en el fuerte Moultrie.

Júpiter declaraba no haber visto en toda su vida un escarabajo semejante, que era de color brillante de oro y de peso considerable.

El negro no dudaba que aquel insecto fuese de oro macizo; lo creía á pies juntillas.

Quiso Legrand dar á su amigo un dibujo del animal; buscó un pedazo de papel, y no hallándole, sacó de su faltriquera un trozo de vitela viejo, muy sucio, en el cual se puso á dibujar el insecto.

Pero, cosa extraña, al acabar, y pasar el pergamino á manos de Poe, éste vió pintado en él, no un escarabajo, sino un cráneo humano distintamente trazado, lo cual hizo notar á su amigo.

Guillermo no quiso ver lo mismo; pero á la vuelta de una ligera discusion no pudo menos de confesar que su pluma habia dibujado un cráneo perfectamente marcado. Tiró el papel de muy mal humor; luego lo cogió del suelo, volvió á mirarlo reflexivamente, y por último, lo encerró en su papitre.

Hablaron ambos amigos de otra cosa, y Poe se retiró sin que Legrand hiciera niugun esfuerzo para retenerlo algo mas en su compañía.

Un mes despues recibió Poe la visita del negro, que muy receloso é inquieto, le habló del estado enfermizo de su amo, que se habia puesto taciturno, pálido, débil, y atribuía tal cambio al incidente de que el escarabajo habria mordido á Guillermo.

Desde aquel tiempo todas las noches *soñaba oro*.

Júpiter llevaba ademas una carta de su amo, en la cual rogaba á Poe que fuese á verle.

«*Venga usted, venga*,—decía.—Deseo verle esta noche para un asunto importantísimo. Le aseguro que es de la mayor importancia.»

Considerad como va empeñándose la accion y de que interés tan *singular* debe ser esta historia. Un monomaniaco que *sueña oro* por haberle mordido un escarabajo.

Poe acompañó al negro hasta su lancha, en la que se encontraban una guadaña y tres zapas, que Júpiter compró por orden de Guillermo.

Esta adquisicion le maravilló.

Llegaron á la isla á las tres de la tarde próximamente.

Legrand aguardaba á su amigo con febril impaciencia, y le estrechó la mano con nerviosa excitacion. «Su rostro estaba pálido, de un pálido espectral, cadavérico, y sus ojos, naturalmente muy hundidos, brillaban con sobrenatural fulgor.»

Poe le pidió noticias del escarabajo de oro, y Guillermo le contestó que aquel escarabajo estaba destinado á producir su fortuna, y que hacienda de él un uso conveniente, llegaría hasta el oro, del cual el insecto *era el índice*.

«Así diciéndole enseñó un insecto muy notable que hasta entonces no habían conocido los naturalistas; tenía en un extremo del dorso dos manchas negras y redondas, y en el otro una mancha de forma oblonga. Sus élitros eran escocivamente duros y relucientes, y tenían sin disputa el aspecto de oro ennegrecido.

«Le he hecho venir, — dijo Guillermo á Poe, — para pedirle consejo y ayuda en el cumplimiento de las miras del destino y del escarabajo.»

Poe interrumpió á Guillermo, y le tomó el pulso; mas no le encontró el menor síntoma de calentura. Quiso, sin embargo, desviar el curso de sus ideas; pero Guillermo manifestó su intento formal de emprender aquella misma noche una excursion, en la que el escarabajo debía representar un gran papel.

No tuvo mas remedio Poe que seguirle con Júpiter.

Marcharon los tres; cruzaron el canal que separaba la isla de la tierra firme, y la pequeña compañía, despues de pasar las tierras montañosas de la costa, avanzó por un terreno horriblemente agreste y desolado.

Al ponerse el sol entraban los tres en una region siniestra, cortada por hondos barrancos.

En una estrecha plataforma se elevaba un túlipero silvestre en medio de ocho ó diez robles.

Guillermo mandó á Júpiter que se encaramase al árbol, llevándose el escarabajo atado al extremo de un largo bramante.

A pesar de su repugnancia y gracias á las violentas amenazas de su amo, Júpiter obedeció, llegando pronto á la principal ramificacion del árbol, á setenta piés del suelo.

Entonces Guillermo le mandó seguir la rama mas gruesa.

Pronto desapareció Júpiter por entre el follaje; y cuando pasó siete ramas, su amo le dijo que avanzara por la sétima tan arriba ó lejos como pudiera, y le manifestase si veia algo singular.

A vueltas con sus vacilaciones y dudas, pues la rama le parecia podrida, y halagado con la promesa de un durejo en plata, el negro se encaramó hasta el extremo de la rama.

«Oh, oh! — exclamó. — Jesus y María!... piedad del mí ¿Qué hay en este árbol?»

«Bien, dí que hay! — gritó Legrand en el colmo de la alegría febril.»

Júpiter se encontraba en presencia de un cráneo humano, sujeto con un grueso clavo, y descarnado por el pico de los cuervos.

(Se continuará.)

GALERIA DE CELEBRIDADES.

CÁRLOS GOUNOD.

APUNTES BIOGRÁFICOS

RECOGIDOS

por

FRANCISCO NACENTE.

(Continuacion.)

No podemos dar á este estudio las proporciones que quisiéramos y por lo tanto nada diremos del *Romeo y Julieta*, de *Mireille*, de la *Reina de Saba*, ópera en cinco actos inaugurada en el teatro de la Ópera, de los coros en la tragedia de las *Dos Reinas de Galia*, gran cantata oída primero en Lóndres y luego en París, en los conciertos de la Sociedad del Conservatorio y en el teatro de la Ópera Cómica, como tampoco de la música de *Juana de Arco*, compuesta en Lóndres en el palacio de los señores Weldon, los amigos de Gounod, en cuya compañía ha vivido durante varios años.

Entregado á sí mismo, Gounod es inagotable, si así vale decirlo, pues solo en diez y nueve meses, de 1.º de Mayo de 1871 á 31 de Diciembre de 1872, escribió y publicó tres tomos de coros,

una misa, un *Te-Deum*, un *Magnificat*, un *Requiem*, un *Pater Noster*, un *Ave verum*, un *Vesilla Regis*, con mas once cantos sagrados y veinte y cuatro profanos, y un poema en varias partes titulada *Biombina*, que goza en Italia verdadera fama y popularidad, con mas cuatro duos, doce trozos de varias voces, y tres transcripciones para el piano, de obras compuestas para la orquesta.

Hay sitios favorables á la fecundidad de la inteligencia como los hay que tienden á la pereza y esterilidad de la imaginacion.

Fundados en esto, se ha afirmado que á Gounod le gusta mas escribir en Lóndres que en Paris; mas no es enteramente exacto. A Gounod le gusta el palacio de sus amigos de Lóndres señores Weldon, porque en dicho palacio su alma estaba en su elemento, en la soledad del claustro con el movimiento artístico y la vida intelectual.

Con efecto, ciertas horas de la semana aquella solitaria casa se llenaba de armonias proferidas por un gran coro de hombres y mujeres.

Bajo la direccion de la señora Weldon (cantatriz distinguida que Paris ha aplaudido en *Galia*, cuya parte principal cantaba ella) se ensayaban las obras aun inéditas del maestro, que mas tarde el público oía en conciertos periódicos, dirigidos por el mismo Gounod en Saint James hall.

Aquella casa mejor que palacio era un templo de la Música, en el que Gounod era el Dios, la señora Weldon la ferviente sacerdotisa, y el señor Weldon el apostol convicto y animoso.

Hízose allí el ensayo general de la misa en *do* mayor dedicada al arzobispo de Westminster. Un centenar de cantores, niños, señoras y señoritas de la sociedad aristocrática, entonaron la nueva obra con la fé que arranca los aplausos mas espontáneos.

Habíase esperado al maestro para dirigirla aquella misa y recibir sus definitivas observaciones. Gounod, bastante indispuerto aquel día, hizo un esfuerzo y bajo de su estudio, que se hallaba en el piso segundo, al piso principal, dispuesto en sala de concierto, que podía contener unas doscientas personas. Se presentó en planiflas, y cubierta la cabeza con un casquete de terciopelo.

Aplaudiéronlo al entrar, no porque llevase el birrete de terciopelo, sino por la sencillez de aquel hombre á quien todos los allí reunidos consideraban como un genio superior.

Los trozos mas notables de esa misa son el *Do-*

mineo fli unigenite, canto interesante por lo armonioso y claro, el *Sanctus*, de hermosa sonoridad y lleno de felices modulaciones, y el *O salutaris*, que es de una suavidad angelical, exhalándose de esa penetrante melodía una especie de aroma de incienso.

El autor pareció satisfecho de sus intérpretes; y les dirigió un discurso en inglés que no habría desdeñado el mismo lord Byron, no solo por la pureza del acento, si no tambien por la elevacion de conceptos y lo correcto de la frase.

(Se concluirá.)

ANA SEVERIN,

POB

Mme. CRAVEN.

Dos veces premiada por la Academia francesa.)

TRADUCIDA DE LA 11.^a EDICION.

(Continuacion.)

III.

Comprenderáse ahora la emocion del Marqués al verse elegido por Guillermo para confidente de sus últimas voluntades, y por qué su mano temblaba al recibir el paquete que le habia confiado el jóven vendeano. Es fácil de adivinar la lucha que sufrió su alma entre la piedad y el honor, á los que no hubiera faltado por nada del mundo, y el sentimiento compuesto de amor y de celos que hacia un mes convertía su vida en un suplicio; suplicio del cual pensaba con enagenamiento involuntario verse aliviado, al menos por algun tiempo. ¡Guillermo habia partido! no era otro su pensamiento. Por espacio de algunos días, de semanas quizás, estaría libre de la intolerable presencia de su dicha. En cuanto á las eventualidades de la terrible aventura en que el jóven se habia empeñado, el Marqués solo queria pensar en las mas tranquilizadoras, rechazando los pensamientos adversos, por una especie de temor instintivo de que hiciese nacer en su corazon una horrible alegría, que repugnaba á su noble naturaleza.

El Marqués empezó por preguntarse, qué es lo que diria, si se hablase delante de él de la ausencia de Guillermo; pero las primeras palabras que oyó, cuando á la hora de costumbre llegó á Elm Cottage, le sacaron de apuros.

Aunque Guillermo no previese la víspera que hubiera de partir tan de repente, sabía lo bastante acerca del objeto de la reunión á que debía asistir, para sospechar la expedición que en aquella sería propuesta, y había tenido el cuidado de preparar á Carlota para una ausencia de algunos días, dejando expresamente en la incertidumbre el momento preciso de la partida, así como también el de su regreso. Guillermo creía que, antes de partir, tendría tiempo de volver aunque solo fuese por un instante, y pensaba decirle entonces á Carlota toda la verdad, confiando en el valor que, en tiempos de lucha, asiste á las mujeres lo mismo que á los hombres. No consideraba, pues, aquella entrevista como la última; y sin embargo, cuando en el momento de dejar á su amada y besarle la mano, le dijo: «Pronto mía para siempre,» sintió su corazón horriblemente oprimido, y se marchó bruscamente por temor de que se notara su turbación.

Pero Carlota se hallaba en esos momentos de la vida en que solo se piensa en la felicidad; por lo cual, cuando el Marqués la vió al día siguiente, su rostro estaba sereno, y ella misma fué quien le explicó la ausencia de Guillermo del modo más sencillo, sin mostrar inquietud ni tristeza. Guillermo estaba ausente en una partida de recreo, de la que volvería pronto; y á su regreso, estaría cercano para ellos el día de vivir inseparables!

Durante algunos días nada vino á turbar la tranquilidad de Carlota ni los goces que procuraban al Marqués los cambios operados en las costumbres de la reunión por la partida de Guillermo. Cuando la noche les hacía dejar el jardín, Guillermo y Carlota tenían la costumbre de colocarse al piano y pasar á menudo en él una parte de la velada; cantaban juntos, acompañados por Luisa, lo cual era un modo distinto y mas dulce de hablarse.

Estos pequeños conciertos de familia gustaban mucho al doctor Perceval, y parecían tener también un discreto admirador en el jóven alto que vimos debajo de la catalpa el día de la primera visita del Marqués, y al cual fué presentado después con el nombre de Enrique Devereux: este, sin acercarse á los cantantes y hasta sin mirarlos, á menudo parecía que los escuchaba, no solamente con atención sino con una emoción singular. En cuanto al Marqués, aquel piano en el que se atrincheraban la juventud y la dicha de los desposados, le era simplemente odioso. No fué, por lo tanto, para él, un cambio indiferente el de

encontrar á Carlota sentada junto á la mesa, el de acercarse á su lado, atreverse á mirarla mientras trabajaba, poder hablar con ella, y encontrar á veces una sonrisa cuando levantaba la cabeza: todo esto era casi una dicha, en comparación de lo que había sufrido por espacio de un mes. De este modo, sin pensar en el pasado ni en el porvenir, olvidando á Aubrys y olvidándose de sí mismo, el pobre Marqués dejó pasar los días; y transcurrió mas de una semana, desde la partida de Guillermo, sin que aquel diese un paso para informarse del resultado de la expedición en que el jóven tomaba parte.

Una noche, (era el 12 de Setiembre,) la pequeña tertulia de Elm Cottage estaba reunida como de costumbre alrededor de la mesa, cuando Enrique Devereux, que leía un periódico, se estremeció; y después de una rápida mirada á su alrededor, dobló la hoja que leía y la ocultó vivamente. Carlota no había visto nada, pues tenía los ojos fijos en su labor, y aquel movimiento pasó desapercibido para todos, excepto para el Marqués. Devereux se apercibió de ello; pero lejos de evitar su mirada, le hizo un signo imperceptible que el Marqués comprendió; pues se levantó al momento, y dirigiéndose sin afectación hacia la ventana, dijo á Devereux:

— ¡Qué hermosa noche! demos una vuelta por el jardín.

(Se continuará.)

JARDINERÍA DE SALON.

(Continuación.)

Ignorando el mal que les has causado te entristeces, porque en el fondo eres compasiva, y te asombras, diciendo: «No sé... no es mía la culpa.»

En la obra *El Pirata* de Walter Scott, el jardinero de las islas Setland se maravilla de que los manzanos se le hayan helado, y exclama lo propio que tú: «No sé... no es por culpa mía, porque á fe, á fe que yo los he regado todo el invierno con agua caliente.»

Es el mismo error en sentido inverso.

Suplícote, por tanto, que recuerdes lo que paso á decir.

Para regar una planta cualquiera cultivada en maceta dentro del salon, conviene, en primer lugar, que el agua de que te sirvas sea de

temperatura igual á la de la tierra en que vegetan las raíces de la planta.

Si tienes ocasion de ver un invernadero y observas con interés la manera de cuidarlo, notarás que contiene siempre un depósito de agua destinado al riego de las plantas que viven allí dentro.

Dicha agua por la sola razon de que permanece encerrada en el invernadero, adquiere la temperatura de todo el interior, y cuando se la emplea no es mas fria ni caliente que la tierra en que viven aquellas plantas.

Ese es el ejemplo que debes imitar y nunca te arrepentirás.

Es decir, que por la noche antes de acostarte entras un botijo lleno de agua en el aposento donde tengas tus flores, para regarlas al dia siguiente por la mañana.

Aquella agua y la tierra de las macetas se hallarán en idéntica temperatura.

Cuando se trata de plantas ó árboles que vegetan al aire libre, se los debe regar con agua expuesta directamente á la temperatura de la atmósfera.

CALEFACCION.

No es el calor lo que mas importa para que vivan lozanas las plantas en las habitaciones, puesto que la mayor parte de las que puedan cultivarse durante el invierno, estarán bastante guardadas del frio dentro de la casa.

Lo esencial es que no pasen por bruscas alternativas de frio ó calor, que no se las esponga por la noche á la inclemencia, donde puedan helarse, y que para ellas haya la menor diferencia posible entre la temperatura del dia y la de la noche.

Bajo ese punto y en el propio interés de la cuidadosa jardinera de salon, no es difícil satisfacer á las pobrecitas plantas, que si no pueden quejarse á veces, no dejan de ser sensibles á los rigores del tiempo.

Debemos tener presente que en España donde el frio no suele ser intenso en invierno, mas que en tierras montañosas y en países del Norte, no es preciso tener tanto cuidado, pues exceptuando las noches en que hiela, pueden las plantas comunicar indirectamente con el aire exterior sin riesgo de que se marchiten y mueran. Les basta entonces estar abrigadas de la escarcha y otras humedades de la atmósfera.

(Se continuará.)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

POR

ARTURO MANGIN.

(Continuacion.)

—Ahora bien ¿de dónde nos viene el calor?

—Del sol.

—Justamente este hermoso astro luce para todos, mas no para todos á la vez: sus revoluciones aparentes que en realidad son las de nuestro planeta, le hacen derramar sucesivamente, en periódicas desigualdades, la luz y el calor sobre las diversas zonas de la esfera terrestre. De ahí proceden el dia y la noche, de ahí dimana la variedad de las estaciones anuales; de ahí los continuos cambios de temperatura, las alternativas de calor y frio, las tempestades y vientos, la lluvia y la sequia, el bueno y mal tiempo en fin.

Así comprenderá usted, señora, la razon que tuvo el señor Babinet para llamar al sol grande agitador de las masas aéreas.

Lo que el sol deja hacer á los demás agentes modificadores de la atmósfera, se reduce á muy poca cosa, y p demos pasarlo por alto, cuando menos por el momento.

Con no menos razon dijo Jamin en lenguaje pintoresco si bien que familiar: «El viento desempeña el oficio de aguador.»

—Explíquese usted.

—El viento vá á buscar el agua á los mares de la zona tórrida, y nos la trae á nosotros, los habitantes de la zona templada, derramándola la mayor parte de las veces en forma de lluvia. A los moradores de la zona glacial no suele dársela más que en estado de nieve. Y cuando ha hecho la distribucion del modo que tiene por conveniente, se marcha de nuevo á las regiones tropicales á llenar las cubas, y vuelve con ellas completamente llenas, si no las derrama por el camino, y así sucesivamente va y viene en todos sentidos y direcciones.

CAPÍTULO II.

El sol.—Viajes del viento.—El ecuador y el polo en un salon.—Experimento de Franklin.—Circulacion atmosférica.—Zonas y climas.—Distritos sin lluvia.—Mecanismo de las grandes corrientes.—Alisios y contra alisios.—Grandes rios atmosféricos.—El Cloud-ring.—La zona de las calmas ecuatoriales... y de las tempestades.—Torbellinos ó ciclones.—Las nueve zonas.—

Vientos secos y vientos húmedos.—El *Gulf-stream*.—La rotación de los vientos.—Vientos periódicos.—Mouzones.—El libro de Marie Davy.—Movimientos de la atmósfera y los mares.—Vientos etesios.—Brisas diarias.—El calor y el frío.—Previsión del estado del tiempo.—Opinion de Biot.—La luna y las estrellas errantes.

Después de una breve pausa durante la cual tuvo mi oyente la amabilidad de mandar que me sirvieran un te que refrescara mi garganta, prosiguió nuestro instructivo diálogo, siendo la señora X la que rompió el silencio.

—Lo que usted ha dicho, maestro, me ha parecido tan sencillo como satisfactorio. Si los aguadores que nos traen cada día las cubas de agua con que llenar las tinajas y fuentes de nuestras moradas, hubiesen oído á usted, estarían orgullosos y contentos de saber que el viento es un camarada suyo, y que ellos y él tienen el sol por patron.

—Que á ellos les hace á veces flaco servicio.

—Es verdad; pero me falta comprender en virtud de qué mecanismo se operan esos continuos viajes, y espero que usted tendrá la amabilidad de explicármelo.

—Usted sabe, señora, que en el ecuador hace mucho calor y en los polos mucho frío.

—Por supuesto; ¿quién no lo sabe?

—Tampoco ignora lo que es el tiraje de una estufa ó chimenea.

—De veras no lo ignoro... ¡oh! es mucho saber... Pero ¿qué relación hay entre el ecuador y una chimenea?

—Mucha: hay una semejanza perfecta.

—Confieso que no lo entiendo.

—La chimenea, lo mismo que el ecuador, es un foco de calor. La chimenea tira bien cuando no esparrama el humo por el aposento.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que el aire del salón que se calien-

ta atravesando el hogar para alimentar la combustión de la leña, se dilata considerablemente, se hace específicamente muy ligero, sube por tal conducto arriba y se va al exterior. Queda otro tanto menos de aire en el salón, ó en otros términos: el tiraje de la chimenea produce un vacío parcial que se llena en seguida con el aire contiguo al mismo salón. Si pone usted la mano en las rendijas ó junturas de la puerta, se siente frío, ¿no es verdad? Pues bien, señora; la chimenea representa el ecuador; la puerta es una imagen del polo. ¿Quiere usted permitirme ahora que re-

produzca delante de usted un experimento por demás sencillo, imaginado por el célebre Franklin?

—Con mucho gusto.

—Abro pues, la puerta... pero tranquilícese usted, la abro tan solo por un momento. Pongo en el suelo una bujía encendida, y sostengo en alto esta otra. ¿Qué nota usted?

—Veo la llama de la bujía que está en el suelo impelida hacia el interior del salón, conforme habría su-

puesto. Pero la llama de la que usted tiene en la mano, se dirige al exterior; y eso es lo que me parece extraño.

—Y no obstante, es lo mas natural.

—No comprendo.

—El aire que aquí se calienta al fuego de la chimenea sube al techo, puesto que es mas ligero que el aire frío, como se puede comprobar con solo levantar la mano. Pero este fenómeno es mucho mas notable en un teatro, por ejemplo, donde hace en el último piso un calor sofocante, cuando los espectadores del patio apenas tienen bastante calor, lo cual hace decir vulgarmente que el calor sube. Mas no es que el calor suba, sino el aire caliente.

(Se continuará.)



Experimento de Franklin.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.